

INTRODUCCIÓN

¿MERECE EL VIAJE AMERICANISTA DE RAFAEL ALTAMIRA UN NUEVO ESTUDIO?

En los meses de marzo y abril de 1910, la opinión pública española fue conmovida por una serie de acontecimientos que tenían como protagonista a un profesor cuya notoriedad se reducía, previamente, a los estrechos círculos intelectuales y científicos de la época. Para sorpresa de periodistas y políticos, multitudes de españoles se echaron a la calle para saludar el alicantino Rafael Altamira y Crevea, catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Oviedo (UO), tras su vuelta de Cuba.

La Coruña y Santander brindaron verdaderos *triumfos* al viajero, al igual que su ciudad natal y la capital asturiana, y si en Alicante Altamira fue recibido por una manifestación popular calculada en veinte mil personas; la llegada a Oviedo, por su parte, convocó a delegaciones de todas las corporaciones y pueblos asturianos, que acudieron junto a multitudes de ovetenses a la Estación de ferrocarril de la calle Uría, cuyos balcones se hallaban adornados para la ocasión y cuyas aceras se encontraban atestadas de admiradores y curiosos. Entre forcejeos, vivas al alicantino, a la Universidad, a España y a cuanto personaje se divisara, la comitiva de recepción inició su folclórica procesión hacia el edificio de la calle San Francisco, al estridente son de pasodobles, marchas y canciones populares. En ambas ciudades, se bautizaron calles con su nombre, se colocaron placas conmemorativas en su honor y se organizaron innumerables agasajos y fiestas populares.

Estas demostraciones y las que les siguieron durante meses, apenas fueron empañadas por la incipiente crítica de la prensa católica ovetense, preocupada por la eventual proyección política de Altamira y el grupo institucionista en el área educativa. Pese a lo virulenta que se revelaría esta oposición tiempo más tarde, es necesario no perder de vista que estas expresiones críticas fueron, sin duda, aisladas y no pueden ser tomadas como base para poner en entredicho el éxito de su campaña.

Prueba de ello es que, en los días subsiguientes, Alfonso XIII recibió y condecoró a Altamira en audiencia privada; y que, meses más tarde, el Gobierno liberal de José Canalejas, lo designaría como Inspector General de Enseñanza en comisión, para luego ponerlo a cargo de la Dirección General de Primera Enseñanza.

¿Qué es lo que había ocurrido? ¿Qué había hecho Altamira para ser objeto de estos agasajos? ¿Qué logros justificaban este tipo de recepción a un intelectual?

Si bien la memoria de este acontecimiento se ha ido diluyendo y deformando de acuerdo con un complejo patrón de olvidos, proscripciones y desconfianza, cualquier historiador de la historiografía, de las ideas o de los intelectuales interesado en la evolución del movimiento americanista español o en las relaciones culturales entre España y Latinoamérica, podría responder fácilmente a estas preguntas.

Rafael Altamira, referente ideológico del regeneracionismo y del americanismo españoles, había sido enviado por la UO a recorrer América con el objeto de trabar acuerdos de intercambio regular con las casas de altos estudios americanas, había logrado cosechar un éxito inesperado en los diversos países que visitara. Un éxito que desbordaría paulatinamente el ámbito intelectual al que parecía estar restringido, para derramarse en los círculos políticos y repercutir tanto en la diplomacia como en las sociedades civiles latinoamericanas.

Entre julio de 1909 y marzo de 1910, Altamira pronunciaría decenas de conferencias; recibiría doctorados *honoris causa* y varias membresías correspondientes de instituciones públicas y privadas; sería recibido por los ministros de instrucción y por seis jefes de Estado y disfrutaría del festejo de entusiastas multitudes en las calles de Montevideo, Lima, Mérida y La Habana.

Este acontecimiento, a todas luces extraordinario, contribuyó decisivamente a quebrar la centenaria tendencia de desencuentros y de mutuo extrañamiento entre el mundo intelectual español y el hispanoamericano que abrió el período revolucionario. A pesar de ello, y por diversas razones, la memoria del Viaje —que en su momento causó un gran impacto en la opinión pública iberoamericana— fue desdibujándose en el considerable anecdotario que deparó el desarrollo de las relaciones culturales e intelectuales entre ambos mundos de la hispanidad en el siglo xx.

Atraída por otros problemas, por otros períodos o por el papel jugado por otros individuos y, quizás, influida por la desconfianza ideológica que inspiraron estos intelectuales, la historiografía especializada no ha ido mucho más allá de la mención del Viaje o del inventario de sus principales hitos.

Ahora bien, ¿para qué volver sobre los pasos de Altamira? ¿Qué beneficio podríamos extraer de profundizar en esta lejana empresa? ¿Para qué reincidir en el estudio de una serie de acontecimientos sociales y textos protocolares ya inventariados?

Para responder a estas preguntas, conviene recordar que la revisión de un tema ya estudiado sólo puede justificarse si se cumple, al menos, una de tres condiciones: el hallazgo de nueva documentación; la formulación de una serie de preguntas que interpelen críticamente a la historiografía precedente; y la definición de hipótesis de trabajo novedosas capaces de guiar la relectura y armonización de las fuentes primarias y secundarias disponibles.

En este sentido, el Viaje de Altamira resulta un caso si no anómalo —dado la extensión del criterio de *publish or perish*— al menos, sí interesante de evaluar. Pese a que, entre 1963 y la actualidad, las evidencias y referencias bibliográficas utilizadas por los historiadores han permanecido, en lo sustancial, inalteradas; hemos asistido a cierta inflación textual que incide en este tema, sin aportar nuevas preguntas, perspectivas o hipótesis.

Impulsado por la demanda de instituciones interesadas en recuperar su pasado o festejar efemérides, el restringido estudio del Viaje sigue deparando, pues, un conjunto de materiales descriptivos —basados en la documentación publicada por el propio Altamira y apoyados en los aportes de los estudiosos asturianos o alicantinos— que parece destinado a la rehabilitación o encumbramiento de su protagonista, antes que a la comprensión de su proyecto americanista.

Sin embargo y pese a la consolidación de esta tendencia en la historiografía, es posible reexaminar con provecho el Viaje Americanista. En efecto, desde un punto de vista heurístico es necesario realizar una relectura crítica de la obra doctrinaria y de la documentación publicada por Altamira y es factible incorporar una gran cantidad de documentación inédita depositada en los diferentes archivos que custodian el legado documental del alicantino.

Pero más allá de esto, es posible plantear una serie de interrogantes relacionados con la organización, el desarrollo y los resultados cosechados por el periplo. Interrogantes que hasta ahora han sido soslayados por los historiadores y para los cuales los contemporáneos sólo tuvieron respuestas sesgadas y destinadas a clausurar el problema de acuerdo con sus propias posiciones ideológicas e intereses. ¿Cuál fue el carácter del triunfo de Altamira, social, político o intelectual? ¿En qué términos fueron valorados el discurso y las propuestas portados por Altamira? ¿Cuál fue el equilibrio entre los contenidos académicos y sociales del Viaje?

¿Cuáles fueron sus estrategias? ¿Quiénes fueron sus interlocutores? ¿Qué interés más a los americanos, las bondades del proyecto o la personalidad carismática de su gestor? ¿Por qué un discurso cuyo contenido era histórico, jurídico o diplomático suscitó tanto interés entre las elites? ¿Cuáles fueron los orígenes intelectuales del Viaje? ¿Cuánto tenía de innovador el programa ovetense en relación con las posiciones del movimiento americanista? ¿Por qué el éxito de Altamira en América y su triunfal retorno a España se resolvió con la inmediata frustración de las expectativas del americanismo ovetense?

Por supuesto, estas preguntas sólo pueden adquirir pleno sentido si abandonamos la tentación de parafrasear la crónica de aquel Viaje y adoptamos un enfoque problemático para estudiarlo definiendo, por ejemplo, una perspectiva novedosa desde donde observarlo o arriesgando alguna hipótesis de trabajo.

En este sentido, creemos que es posible comprender mejor el Viaje Americanista si lo miramos no ya como un hecho pintoresco, sino como el evento inaugural de una prometedora y efímera era de relaciones intelectuales entre España y América, orientada por una concepción liberal del hispano-americanismo. Desde este punto de vista es posible formular la hipótesis de que el Viaje y su repercusión sólo pueden explicarse —a despecho de lo que ha supuesto una historiografía centrada en sus aspectos propiamente españoles— si atendemos a la articulación de las coyunturas intelectuales de España y de algunos países americanos. Articulación posible en un contexto socio-político y económico favorecedor, ciertamente, pero no por ello determinante, en el que concurrieron tanto acciones individuales e institucionales españolas, como demandas de las elites americanas, entre las que debemos atender especialmente a aquellas que hacían al desarrollo de sus respectivos campos simbólicos e intelectuales.

De acuerdo con este replanteo, hemos estructurado nuestra investigación poniendo en primer plano, en el Capítulo I, el periplo en sí, sin limitarnos a la cita de las fuentes convencionales, examinando epistolarios, periódicos y recortes de prensa y otra documentación inédita. El objetivo aquí perseguido no es componer otro relato lineal de los acontecimientos, sino realizar un balance comprensivo entre lo efectivamente ofrecido por Altamira y la UO y los magníficos resultados obtenidos. Apremiar la clara asimetría que arroja este balance, nos ha permitido recuperar la legítima sorpresa que surge de observar, desprejuiciadamente, la apoteótica recepción brindada al discurso de Altamira en un mundo intelectual predominantemente hispanófilo.

Restaurar esa sorpresa supone poner en crisis las explicaciones que naturalizan el éxito de Altamira, haciéndose fuertes en la idea de la «generosidad» irrefutable del proyecto americanista español o en el supuesto de su plena adecuación a la realidad cultural e intereses políticos latinoamericanos. Dirigir una mirada crítica hacia la interpretación ofrecida por Altamira en *Mi Viaje a América* y, también, hacia las de sus enemigos, significa abrir una brecha en las explicaciones ideologizadas de los contemporáneos. Poner en crisis la «memoria» contemporánea del Viaje; desligarnos de los objetivos, valoraciones, supuestos e imperativos de sus promotores y detractores son, precisamente, requisitos ineludibles para poder convertirlo en un objeto de estudio y plantearnos algunas preguntas significativas acerca de esta empresa y su contexto.

Después de haber revisado los hechos, las interpretaciones historiográficas y los materiales útiles para la investigación, hemos retrocedido en el tiempo para observar, en el Capítulo II, el problema de los orígenes intelectuales del Viaje, así como las vicisitudes de organización y la formulación de las principales propuestas que el delegado ovetense llevaría a América. Aspectos que contribuyen, todos ellos, a reconstruir lo que hemos dado en llamar el «contexto de emisión» del mensaje americanista portado por Altamira y que nos remite tanto a la intrahistoria del Claustro finisecular ovetense, como a la del lugar ocupado por el alicantino en el mundo de las ideas regeneracionistas y en el movimiento americanista español.

Advertidos de que la mayoría de los estudios han asumido, de hecho, el carácter esencialmente «español» de esta empresa —y de otras iniciativas del americanismo peninsular— nos internaremos, en el Capítulo III, en la dimensión americana del asunto, con el objeto de reconstruir el «contexto de recepción» del proyecto americanista ovetense. Dado que este contexto —a despecho de lo que se ha creído apresuradamente— distó de ser uniforme, propondremos partir del reconocimiento de la diversidad de situaciones que hicieron que el mensaje de Altamira pudiera ser apreciado tanto en países andinos, como mesoamericanos y rioplatenses.

Conviene aclarar en este momento que, no obstante considerar al Viaje Americanista como una unidad, resulta imposible abarcarlo completamente en una investigación que se proponga las metas que aquí perseguimos. De este modo, una vez fijado el marco general y el régimen «hispanoamericano» del periplo, hemos optado por centrar la investigación en su etapa propiamente argentina, aun cuando no hemos sacrificado la posibilidad de recurrir a informaciones cruzadas de todas sus escalas, cuando ello fuera conveniente.

Privilegiar una mirada sobre la experiencia argentina nos ha permitido analizar la repercusión del mensaje americanista español en un país sacudido por un acelerado proceso de modernización, transformado por una avalancha inmigratoria cosmopolita —en la que los españoles estuvieron ampliamente representados—, animado por un debate reformista, y poseedor de una vigorosa tradición intelectual hispanófoba. Pero, más allá de esto, la excepcional recepción de Altamira en los ámbitos universitarios y políticos; y la calidad y representatividad del discurso académico y americanista ofrecido en La Plata y Buenos Aires —donde fueron presentados los principales contenidos que luego serían expuestos en Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba— nos permitirán analizar las estrategias y resultados de su campaña, sin el peligro de vernos encandilados por la progresiva repercusión social y popular que fue rodeando al personaje a medida que fue desarrollándose en el tiempo.

La concurrencia de estos rasgos de excepcionalidad y representatividad y la disponibilidad de una abundante y cruzada evidencia, son aquellas circunstancias que permiten avanzar en el conocimiento de la campaña americanista ovetense a través de un análisis más atento de la experiencia argentina.

Acotado el campo, podremos comprobar la utilidad de nuestra hipótesis y observar, con más profundidad, el efecto de las estrategias sociales y paradiplomáticas desplegadas por Altamira en el terreno, que lograron seducir tanto a las elites intelectuales y políticas, como a las vanguardias ilustradas de las clases obreras, pasando por estudiantes, periodistas, emigrantes y diplomáticos. Del mismo modo, podremos estudiar cómo las específicas demandas del ambiente cultural, socio-político e historiográfico argentinos, se articularon, exitosamente, con los elementos centrales de las propuestas de la UO, con partes sustanciales del mensaje hispanoamericanista liberal y con los contenidos pedagógicos, metodológicos e historiográficos del discurso académico de Altamira.

En el Capítulo IV, ya reconstruido el doble contexto del Viaje, retomaremos el hilo de los acontecimientos allí donde lo dejamos en el primer capítulo, para analizar el retorno, la efímera apoteosis del americanismo ovetense, los cuestionamientos ideológicos planteados por el publicismo católico y las razones de la derrota de su proyecto, en el mismo momento en que parecían darse las condiciones para que la UO liderara —o al menos orientara ideológicamente— una nueva era en las relaciones entre España y las repúblicas latinoamericanas.

Por último, en las Reflexiones Finales, intentaremos pensar acerca de las potencialidades y límites de la estrategia americanista ovetense para ofrecer algunas ideas y consideraciones que expliquen sus éxitos y frus-

traciones en sus dos contextos, pero también en relación con la evolución del movimiento americanista español y de la colonia emigrante en países de acogida como Argentina.

En todo caso, hemos procurado realizar en este estudio un abordaje problemático del Viaje Americanista, no sólo para comprender la lógica y puesta en práctica de este proyecto, sino también sus variados y plurales contextos —nacionales, ideológicos, sociales— y aquella etapa tan interesante en la que se quebró la tendencia al mutuo extrañamiento de ambos mundos de la hispanidad.